

La espuma de los días

Coyote 13 por Paseo de la Reforma

José de la Colina

Cuando los editores Bonilla-Artigas me pidieron prologar los *Cuentos a deshora* de Arturo Souto Alabarce, me vino a la memoria la tarde del verano de 1953 en que por primera vez, tras habernos encontrado en una de las cafeterías Kiko's, Arturo y yo caminábamos charlando de literatura por el Paseo de la Reforma bajo un cielo azul navegado por las enormes, blanquísimas y se diría que marmóreas nubes de la Ciudad de México de antes de que el esmog llegara para quedarse. Él —hijo de un famoso pintor exiliado español, y exiliado a su vez— era en aquellos días un avanzado estudiante de letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se graduaría con *magna cum laude* dos años después, y ya había publicado cuentos y ensayos en algunas revistas, entre otras en *Segrel*, la que hacía con sus amigos Luis Rius, Alberto Gironella, José Luis González e Inocencio Burgos, y de la cual no llegarían a salir sino dos números, ni siquiera el tercero en que tradicionalmente suelen morir las heroicas revistas de escritores incipientes.

Del primer número de tal revista me había gustado su cuento “El candil” por el modo de narración lírica y por la paulatina revelación de un secreto que le daba la subyacente tensión. Y, mientras caminábamos por Paseo de la Reforma hablando de modos de narrar una historia, mencioné otro admirable cuento leído hacía unas semanas en el suplemento cultural de un periódico y del que no recordaba el nombre del autor pero sí el título: “Coyote 13”. Y entonces Arturo, sin alterar el tranquilo paso, “confesó”, como si fuese un delito, que ese cuento lo había escrito él.

Y han pasado seis décadas y tres años desde aquella tarde en que empecé a cono-

cer a Arturo Souto y le expresé mi admiración por “Coyote 13” sin saber que el autor caminaba a mi lado. Poco después de esa tarde apareció el cuento en una afamada antología norteamericana de ficciones de habla española, editada en formato de un *pocket book* y en alto tiraje, y me acostumbré a pensar que no tardaría en estar en todas las antologías de narrativa de muchos idiomas, pero hasta ahora, y hasta donde sé, no ha ocurrido así. Quizás a esa “ocultación” de una pieza maestra de la narrativa de habla española han contribuido la modestia y la timidez de su autor, de quien se diría que se hubiera empeñado en esconderse tras las funciones de maestro en letras, de ensayista, de crítico, las cuales cumplió excelentemente, pero como olvidando que sobre todo era un excepcional cuentista.

Y, hablando desde la pequeña autoridad de un fervoroso aficionado al género cuento, como lector y como autor, encuentro que hay vasos comunicantes, en el plano temático, entre el asunto de “Coyote 13” y los de tres famosas obras narrativas de mayor extensión verbal: la persecución infinita de una bestia como *raison d'être* de su perseguidor, en *Moby Dick*, de Melville; la larga y tensa espera de un combate que quizá nunca llegará, en *El desierto de los tártaros*, de Buzzati; o la creciente importancia de una fugaz mirada que cambiará el destino de dos personajes en *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas (publicada muchos años después de “Coyote 13”).

Algunos de los cuentos de Arturo parecen tender a prolongarse en el tono narrativo de las leyendas, como el mismo “Coyote 13”, que comienza con la mirada del narrador abierta al universo y concluye, pero a la vez se reanuda, en un breve e intenso intercambio de miradas entre el

cazador de una hacienda y su presa, un viejo y casi mítico lobo, personajes en una persecución infinita; o como “El Pinto”, otro relato extraordinario que, partiendo de una triste circunstancia social: la de un hombre humillado por su fea piel enferma y por el desprecio y el asco de otros, alcanza en la libertad, en la soledad y frente al mar, una estatura y un aura casi míticas. El protagonista combate la soledad trazando nombres en la arena de una distante y despoblada orilla del mar, quizá queriendo hacerlos vivir como hombres y mujeres, como personajes de cuentos.

Ha pasado más de medio siglo de aquella tarde en que empecé a conocer a Arturo Souto y le dije mi admiración por “Coyote 13” sin saber que él lo había escrito. A veces releo el cuento por gusto y por captar su secreto, y hace unos días encontré una libreta en la que, no recuerdo cuándo, apuntaba docenas de obras favoritas de distintos géneros y especies (de literatura, de cine, de pintura, de música, etcétera). Esta es la docena de los cuentos que han perdurado en mi gusto, por no decir en mi fascinación, y van sin orden cronológico ni preferencial: “El Aleph”, de Jorge Luis Borges; “El hombre que fue rey”, de Rudyard Kipling; “La leyenda de San Julián el Hospitalario”, de Gustave Flaubert; “Un día de campo”, de Guy de Maupassant; “Nadie encendía las lámparas”, de Felisberto Hernández; “Los muertos”, de James Joyce; “Un lugar limpio y bien iluminado”, de Ernest Hemingway; “¿No oyes ladrar los perros?”, de Juan Rulfo; “El guardaguas”, de Juan José Arreola; “Risa”, de William Saroyan; “Los siete mensajeros”, de Gilbert K. Chesterton; “Coyote 13”, de Arturo Souto.

Y salvo, quizás, uno o dos títulos, no modificaría esa lista. **U**